

AGENDA CIUDADANA

TODOS VIVIMOS EN RIÓ FRIÓ

Lorenzo Meyer

La Inseguridad Cotidiana.- A las puertas de las oficinas capitalinas de su partido, y al intentar bajar del taxi, Amalia García y otro correligionario del PRD, fueron secuestrados por varias horas, robados, golpeados y humillados por un grupo de delincuentes. Si detrás de lo ocurrido a la dirigente del PRD no hay motivos más siniestros, el suyo será un caso más en la ya muy larga lista de la inseguridad mexicana. En otro tiempo, y para marcar las diferencias entre la vida capitalina y el resto del país, se acuñó la no muy afortunada frase de: "fuera de México todo es Cuautitlán". La supuesta diferencia entre la capital y el resto del país nunca lo fue tanto, pero hoy lo es menos y en un aspecto muy concreto y terrible: la inseguridad. Una homogeneización perversa ha hecho que en la capital y en los estados, en el campo y en la ciudad, en las fronteras y en el centro, la vida de los mexicanos esté afectada por ese desafortunado denominador común: la inseguridad personal.

En Baja California el narcotráfico asesina con impunidad y de manera sistemática y espectacular al que le estorba; en Guadalajara los asaltos a bancos están a la orden del día; en Cuernavaca prospera la industria del secuestro; en Chiapas, Guerrero o Oaxaca la violencia en las comunidades cobra sistemáticamente víctimas entre campesinos e indígenas; finalmente, en la capital del país, los asaltos de todo tipo están, literalmente, a la vuelta de la esquina, en el siguiente

semáforo en rojo, en el cajero automático, en el próximo viaje en microbús, a la salida del metro, etcétera.

Como lo ha documentado Rafael Ruiz Harrel, la impunidad es un elemento central en la espectacular subida de la marea criminal mexicana. De acuerdo a las estadísticas de 1995, por cada 100 delitos denunciados en la Ciudad de México (que son sólo una parte del total, pues muchos otros no se denuncian), únicamente en 2.5 casos se logra presentar ante el juez al presunto responsable. En otras palabras, hay un 97.5% de probabilidades de que quien comete un delito en la capital del país no sea nunca llamado a cuentas. Y la impunidad va en aumento: entre 1930 y 1990, en promedio, la autoridad presentó al presunto responsable en 93 casos de cada mil, pero en 1995 apenas lo pudo hacer en 25 de cada mil. ¡De seguir esta la tendencia, al principiar el siglo XXI no presentará a nadie! (La Jornada, 22 de enero). Desde la perspectiva individual, es absolutamente racional que en estos tiempos en que el sistema económico se ha vuelto díscolo en la creación de empleo y más injusto en la distribución de la riqueza, resulte más redituable dedicarse a una actividad criminal que a casi cualquier otra cosa.

Río Frío.- No es este fin de siglo la primera vez que el crimen le gana, y con mucho, la partida a la autoridad y a la sociedad. Al finalizar la guerra de independencia y sumirse el país en luchas intestinas y absurdas, el viejo orden colonial simplemente se desmoronó sin que nada igual o más efectivo le reemplazara. El símbolo del desorden de esa época --los años treinta del siglo pasado--, fueron los famosos Bandidos de Río

Frío, que operaron con gran libertad lo mismo en ese alto punto entre la sierra que separa a la capital del país con la ciudad de Puebla, que en las calles mismas de la ciudad de México. El jefe de la banda --una entre muchas, y que para algunas operaciones llegó a contar con ochenta hombres bien montados y armados-- no era otro que el coronel poblano Juan Yáñez, que ya en Acatlán y en la ciudad de Puebla había tenido como misión... ¡perseguir a los bandidos!, y que llegó a ser un destacado ayudante militar de Santa Anna entre 1834 a 1835, lo que, entre otras cosas, le permitió esconder parte del botín en las mismas habitaciones de Palacio Nacional. Yáñez y los suyos cavaron su tumba al excederse y asaltar y asesinar al cónsul de Suiza, Carlos Mairret. Sólo entonces el ejército puso el empeño suficiente para destruir a la banda; el coronel Yáñez fue degradado. Se suicidó antes de ser ejecutado la madrugada del 15 de julio de 1836, como si lo fueron cinco de sus secuaces.

Como se señaló en un documento de la época, la inseguridad en los caminos y calles del México de entonces era el resultado natural de las "convulsiones políticas" que abrieron el campo a "los perversos que aspiran a hacerse ricos en pocos momentos" (Tomás de Castro y Antonio Alvarado, Los verdaderos bandidos de Río Frío, México: Hispánicas, 1987, p. 3). Todo indica que en nuestros tiempos México ha entrado en una fase donde la corrupción pública, la incapacidad de la autoridad y la inseguridad del ciudadano, vuelven a ser una de las características de la vida cotidiana. Sin embargo, esta vez no

podemos culpar a las "convulsiones políticas" por la aparición de los nuevos Bandidos de Río Frío. El motivo es otro.

Forzados a Vivir Peligrosamente.- Lo inquietante hoy consiste en comprobar que no es necesario recurrir a los medios de información para tener una idea de lo peligroso que son los tiempos que corren, sino simplemente echar mano de la propia experiencia. Personalmente, aún no he sido víctima de un asalto o de otra forma de violencia, sin embargo, veo a mi alrededor y no tardo en encontrar a víctimas de la creciente inseguridad. Vayan a manera de ejemplo los siguientes casos recientes que nada tienen de excepcional y si mucho de común.

Una mañana del fin de semana, al asomarme a la calle, vi semidestrozado un coche de mis vecinos. El accidente ocurrió así: un miembro de la familia circulaba en la madrugada, rumbo a su casa, a la altura de Perisur, cuando en el carril de en medio se topó con lo inesperado: una gran piedra. Al intentar esquivarla chocó con la protección; casi instantáneamente apareció una grúa y varios radiotaxis que apuraron al aturdido conductor para que sacara el auto afuera de la vía rápida y no se encontrara con lo más temido por cualquier ciudadano: la policía. Sin alternativa, el conductor accedió y por quince minutos de arrastre clandestino y escolta de taxis con radio, le cobraron dos mil pesos. ¡Los nuevos bandidos de Río Frío entraban en acción!.

Hace unos días un colega decidió ir a su banco y retirar una parte importante de sus ahorros para hacer el pago inicial de un departamento. No se percató que unos sujetos le siguieron desde el banco hasta el estacionamiento de su condominio, donde, tras

dominar sin problema a los guardias de seguridad, y en un abrir y cerrar de ojos, le despojaron de todo su dinero. Una operación tan exitosa implicó, por fuerza, la coordinación entre alguien dentro del banco --¿el cajero?, ¿el vigilante?-- y los asaltantes.

Hace un mes fui invitado a una comida en honor de un historiador visitante. A la reunión asistió también una pareja de viejos residentes extranjeros. Ahí nos aconsejaron, antes de que lo hiciera el Departamento de Estado norteamericano, que no abordáramos ya ningún taxi que no fuera de sitio. ¿La razón?: una amiga de ellos que vino a México procedente de Nueva York para dar una conferencia, al disponerse a ir a al aereopuerto, tomó un taxi que pasaba frente a su hotel. El final de ese viaje no fue el lugar a donde la conferencista deseaba ir, sino algún sitio en Chalco a donde el taxista y sus cómplices la abandonaron después de asaltarla. Al acompañar a su amiga a levantar un acta ante la autoridad --inútil como medio para recuperar lo perdido, pero necesario para obtener otro pasaporte--, quien hacía el relato de lo acontecido, exigió hablar con el responsable de esa oficina del Ministerio Público, y éste terminó por confesarle que, en relación a los taxistas asaltantes, la situación simplemente ya estaba totalmente fuera de control de las autoridades.

Como en nuestra tarjeta de crédito aparecían sistemáticamente pequeños e inexplicables cobros, mi esposa decidió, después de hablar con alguien en el banco, darla de baja y pedir una nueva. El mensajero que vino a entregarla, advirtió que la nueva tarjeta no se activaría antes de tres días, ¿la

razón?, pues porque en una ocasión al salir a repartir tarjetas ya activadas, el mismo mensajero fue asaltado por unos individuos --"unos judiciales", aseveró con seguridad-- que le mantuvieron drogado y secuestrado por un buen tiempo, mientras hacían uso de todos y cada uno de los plásticos que le habían quitado. ¿Para que seguir y relatar el asalto a mi secretaria o a otros colegas en Perisur o en un microbús o a una amiga en el estacionamiento de un supermercado?. Son todas historias muy similares a miles y miles de otras ya conocidas.

Y mientras todo lo relatado se repite *ad nauseam* ¿qué hace la policía?. Bueno, se encuentra activa, pero con frecuencia no como parte de la solución sino del problema. Por ejemplo, el pequeño centro comercial de "Fuentes del Pedregal", en el sur de la capital, es un cuello de botella para el tráfico a causa de los clientes que sistemáticamente se estacionan en doble y triple fila. La policía nunca está para resolver ese problema, pero según el comunicativo cuidador de autos que ahí se gana la vida, no hace mucho apareció una patrulla de tránsito, pero lo hizo no para poner orden en el caos, sino para llevarse detenido al por no haber accedido a pagar una cuota diaria por que le dejaran trabajar ahí. En general, la sospecha es que cuando la policía no extorsiona a cuidacoches, hace cosas mucho peores: actúa en bandas al estilo del coronel Yáñez y sus Bandidos de Río Frío.

Una Explicación.- En los años que siguieron a la independencia, el bandidaje y la inseguridad tenían como explicación plausible las "convulsiones políticas" de la época, ¿pero hoy? ¿cuales convulsiones?. En muchos sentidos, la

situación actual es justamente la opuesta a la que se vivió en la primera mitad del siglo XIX: ninguna revuelta ha tenido éxito desde 1920 y, por otro lado, el país ha vivido 68 años ininterrumpido de **pax priista**. ¿Entonces?.

Lo que tienen de común los años treinta del siglo pasado y el final del actual, es que ambas son épocas en que un tipo de orden político, social y cultural --el colonial entonces, el postrevolucionario ahora-- se ha agotado y entrado en un proceso de descomposición acelerada. La violencia, la corrupción e ineficiencia de las fuerzas supuestamente encargadas de hacer cumplir la ley, la caída del nivel de vida y la falta de empleo, no son sino otros tantos indicadores de la decadencia de todo un sistema político que dejó de ser funcional de tiempo atrás.

Ahora que estamos en los prolegómenos de un proceso electoral nacional donde, pese a que persisten condiciones de inequidad, la competencia entre partidos y candidatos es más real que nunca, se debe exigir a quienes buscan el voto ciudadano una propuesta de fondo para revertir el brutal ascenso de la criminalidad y la disminución de oportunidades de empleo productivo y adecuadamente remunerado, que es otra de las causas de esa delincuencia. Hasta el momento, partidos y candidatos están enfrascados en duelo verbal sin mayor contenido. Para que la posible inauguración de la democracia mexicana tenga sentido, para que el costoso financiamiento público a los partidos no sea otro desperdicio más de recursos muy escasos, deben salir ya a la discusión pública los proyectos alternativos; y ninguno de ellos

estará completo si no aborda seriamente las causas y los remedios de la inseguridad pública.